

Lecciones a mí mismo *vida y universidad*

Luis Porter



 UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Lecciones a mí mismo. Vida y universidad

Luis Porter. 2017.

México, UAM. 260 páginas.

ISBN 978-607-28-1222-2

Víctor Torres Leal

Universidad Pedagógica Nacional Unidad Querétaro.
México.

Como parte de una vívida trayectoria académica, Luis Porter nos entrega el libro *Lecciones a mí mismo. Vida y universidad*. Publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco (UAM-X) en 2017, este texto que no admite encasillamientos en las tradicionales taxonomías de la producción académica, aborda el complejo tema de la identidad de un profesor-investigador que reflexiona, recrea y resignifica su ruta de vida a través de una narrativa que muestra en todo momento la pasión, el interés y el compromiso que imprimió a su labor como educador.

Si al adentrarnos en la lectura nos preguntamos ¿Quién es el autor?, podemos decir que la voz/rostro que se manifiesta en las líneas del libro, es una colorida síntesis de muchas voces/rostros que reconstituyen el ser docente desde el territorio de la colectividad. El docente universitario pensando(se) desde y con los otros es el sujeto articulador de un discurso que atina a punzar sobre lo que sucede en el espacio

universitario y fundamentalmente sobre lo que nos sucede a quienes lo cohabitamos. La enunciación polifónica que permite mirar desde una perspectiva compleja la trama de relaciones que construyen los sujetos, más que ser un recurso literario, advierto, es una vocación por democratizar los discursos académicos en la vía de un cambio profundo en las universidades.

El texto muestra con claridad la sensibilidad y resolución de vida de quien supo dar al quehacer académico universitario un cariz distinto al del burócrata que anida en las estructuras meritocráticas del sistema educativo en nuestro país. Los prólogos del libro, en su condición plural, reflejan que en la vida académica de Luis Porter se cuentan logros incluso más altos que los que se reconocen en la dimensión formal de su trayectoria, y son los lazos de amistad con mujeres y hombres que como él suscriben uno de los deberes más altos de labor educativa, transformar las prácticas sociales y los espacios vitales. Dichos vínculos afectivos se construyen y fortalecen en la difícil tarea de compartir inquietudes, desafíos, compromisos, reflexiones y cuestionamientos que posibilitan la apropiación crítica de elementos que contribuyan a una educación universitaria cada vez más libre de las pesadas losas de la estructura burocrática de nuestras universidades.

La propuesta que Porter nos hace para la inmersión al libro, en sintonía con la vena artística de su formación en arquitectura, es la de una obra de teatro que se desarrolla en el espacio geográfico de la universidad, pero que a su vez lo trasciende; y que transcurre en la trayectoria profesional del autor, a la vez que la prolonga hacia sí mismo, hacia la de otros actores (estudiantes, colegas) y hacia el lector. Una puesta en escena en 6 actos que se desarrolla en igual número de capítulos complementados con un adendum y un epílogo en los que el sujeto -como en una espiral- emprende permanentemente un trayecto circular y cíclico, cuyos puntos de partida y de llegada nunca son idénticos como tampoco lo es quien lo transita, ya que ambos se modifican dialécticamente en el andar.

La posibilidad que brinda este texto al enfocar la narrativa de la universidad desde la perspectiva de los actores es altamente valiosa en la vía de construcción de prácticas educativas en la que la relación medios-fines sea subvertida, donde la formación en las disciplinas sea solo el instrumento para modificar la distribución del poder en los espacios sociales. Es pues, un relato que no se esconde en el velo de la falsa neutralidad y la objetividad, el carácter histórico, político y ético de la práctica educativa. Por el contrario, se nos muestra como una trama que expresa las intervenciones en los formas de relación

de los sujetos en la universidad: con el espacio físico (aulas, pasillos, jardines), entre los actores (docente-alumno, alumno-alumno, docente-docente), con elementos prescriptivos (currículum, autoridades universitarias, políticas educativas, organismos internacionales), con el cuerpo, con el saber. Como recuperación crítica de la memoria, Luis Porter nos permite dialogar con el saber de la experiencia docente de 4 décadas de trabajo en la UAM-X, en donde se dislocan y resignifican las funciones de docencia e investigación en sus múltiples vertientes, pero sobre todo el ser mismo de la universidad que se debate en la tensión que tira cada vez más hacia el polo que la asemeja a una industria en detrimento de su condición de institución de vida.

Si bien el libro puede leerse como una reflexión acerca de la universidad, continuando con la importante labor que el autor ha realizado estudiando la vida universitaria y su entorno de interacción, esta vez el abordaje a la institución se da fundamentalmente desde el lugar de los sujetos que la encarnan. La relación que establecen estudiantes y docentes en el espacio universitario de referencia en el texto, lleva la impronta de dos componentes de marcada presencia en la experiencia de los sujetos: el modelo modular UAM y el proyecto Cero-Veinte. El primero, que ha sido desde sus orígenes un elemento que interpela las prácticas de los sujetos actuantes desde la lógica de la innovación educativa y que sin embargo, no siempre ha contribuido a modificar las asimetrías en las relaciones en la universidad. Y el segundo, que nos habla del cómo es posible revitalizar la práctica de la investigación educativa reivindicando el re-conocimiento del otro y de sí mismo como elemento central en establecimiento de un auténtico vínculo pedagógico.

La estructura del libro vista en dos partes, enfoca la atención hacia los sujetos del binomio dialógico de esta obra de teatro; los tres primeros capítulos hablan de los estudiantes que ingresan a la UAM-X; la segunda parte condensa las reflexiones de un académico acerca del ejercicio profesional en el tramo final de su labor en la universidad. La puesta en escena inicia con el relato de un proyecto de investigación multireferencial y multidimensional cuyo eje articulador es el re-conocimiento del joven universitario. La trama conceptual que va tejiendo el autor destaca entre otros a la socialización y al capital cultural como base en la que se cimenta la materialidad de la vida del sujeto. El "diálogo de sordos" que muchas veces entrapa a agentes de socialización primaria y secundaria -familia y escuela respectivamente-, es un lastre que deriva en problemáticas como el abandono escolar y en la cancelación de oportunidades de una vida mejor para los jóvenes

en nuestro país. Los cambios en el perfil de los estudiantes de los años 70 y 80 respecto al actual muestra que en la composición de la población en las universidades, están altamente representados jóvenes de bajos recursos y mujeres, lo que haría suponer que se han ampliado las oportunidades a grupos sociales tradicionalmente marginados. Sin embargo, la no apropiación del espacio universitario por parte de los jóvenes, es sin duda, un fenómeno atravesado por factores de clase y de género, así como otras categorías de análisis y la interseccionalidad desde las que es posible amplificar el análisis de la exclusión social.

El autor hace una fuerte crítica al distanciamiento de la universidad hacia el estudiantado manifestada tanto en la rigidez impuesta desde las parcelas disciplinarias limitando el consumo cultural, como en la objetivización del estudiante producto del desconocimiento de sus problemáticas, la subestimación a sus capacidades, el autoritarismo y la falta de afecto y respeto. Es esperanzador encontrar en el discurso de Porter valiosos hallazgos acerca de la amplia variedad de recursos que los jóvenes ponen en juego para sobreponerse al entorno adverso de nuestro país hoy, así como advertir la necesidad de que la universidad las reconozca como legítimas y de abrir espacios para el fortalecimiento de la colectividad y el enriquecimiento de la vida universitaria. El énfasis puesto en la dimensión corporal como elemento a trabajar en las actividades educativas y no solo la dimensión racional, plantea un desafío para quienes aún no transitamos esa ruta en nuestro trabajo docente: asumir la integralidad del sujeto, la misma que el paradigma de la racionalidad ha soterrado.

Autobiografía y autorretrato como dispositivos de un proceso de investigación cuyos propósitos plantean conocer mejor al estudiante universitario, se vuelven especialmente relevantes cuando nos referimos a la etapa de 0 a 6 años en la vida del sujeto en relación con el mundo. Confrontando posiciones deterministas en cuanto al capital cultural, las reflexiones que nos presenta el autor destacan la participación de la familia como un agente educativo que ha sabido codificar bienes culturales significativos en formatos más democráticos que los del tradicional verticalismo escolar; jugar, cantar, compartir los deberes domésticos, son maneras de aprender enmarcadas en la horizontalidad y mediadas por el afecto. Las narrativas de los estudiantes convocan encuentros con su historia y con los otros y sus historias; la configuración de un texto que problematiza la experiencia no solo es dar cuenta de los límites y constricciones de ésta, es

fundamentalmente la autorreflexión acerca de aquellos elementos de los que echamos mano para crear otras posibilidades de ser y de relacionarnos con los otros.

Luis Porter no se limita a denunciar el abandono que padece la universidad pública en México, lejos de trivializar el legado gramsciano hace de este un punto de partida que enfatiza la responsabilidad del docente de afirmar su labor en el optimismo de la voluntad de transformarse en y con el mundo, ante el pesimismo derivado de procesos colonizadores del pensamiento y la acción que campean por los espacios sociales. Es gratificante encontrar en el libro formas creativas desde las que el autor, estudiantes y colegas hacen frente a la pereza fatalista que amenaza permanentemente con inocularse en la vida social. No obstante, es de destacar que la mirada crítica que el autor sintetiza en una tipología sobre los académicos universitarios, visibiliza que en la precarización de la profesión docente en nuestro país también hay responsabilidad de quienes la ejercemos, y que a mi parecer exige la emergencia del ser docente en clave colectiva para hacer frente al avanzado proceso de burocratización del magisterio.

Consecuente con la circularidad de su relato, Luis va trazando con la precisión del estilete, las líneas de cierre del libro en las que el académico que se retira, se apropia del escenario como quien encabeza un brindis. La lectura de los capítulos finales, aunque ágil e incitante, me exigió pausa, me detuvo y me situó frente a un espejo y a una ventana, me invitó a mirar y a mirarme. Una proyección de luces y sombras delinean los entreveros de la vida misma, las tensiones y contradicciones que encarna y cuestiona Porter, en las que muy probablemente nos veamos representados, pero sobre todo, perfilan la gratitud de un docente-investigador hacia aquellos con quienes caminó y sigue caminando las oscilantes rutas del conocimiento. El autor nos permite mirar desde su ventana no únicamente una universidad constreñida por políticas que ponderan aquello que se puede cuantificar, vemos también a la universidad viva que nutre y se nutre, que libera y se libera; el espacio vital que ensancha nuestro horizonte cognitivo y moral y que nos habilita para la construcción de una vida más digna.

Como espejo, el libro refleja imágenes de quien en él se mira; lo que se nos devuelve no siempre gusta, complace o satisface. A veces incomoda, arde, indigna. A los docentes que recién inician su trayectoria o aquellos con pocos años en el servicio, para quienes un año sabático, la jubilación o aun la continuidad en el empleo son hoy aspiraciones cada vez más lejanas de cumplir, me permito extender la invitación que el autor nos hace a vivir

intensamente la vida académica, a imaginar y construir en solidaridad la universidad otra. Siguiendo la metáfora teatral que Luis nos propuso, rompamos juntos la cuarta pared, y tejamos en el telar de la vida, las lecciones a nosotros mismos.